

Crisis económica y vida cristiana
P. Fernando Pascual
17-6-2010

La vida humana es un continuo sucederse de hechos, algunos agradables, otros difíciles de encajar, otros definitivamente desastrosos.

También la economía está sometida a las leyes que regulan y afectan el vivir humano. A causa de fenómenos naturales (una sequía, por ejemplo), o desde decisiones irresponsables de individuos y de grupos, se producen crisis económicas de mayor o menor gravedad. Algunas de ellas simplemente provocan angustia, pero permiten “sobrevivir” con menos comodidades y con más parsimonia en los gastos. Otras provocan hambres, generan tensiones, desatan epidemias, alimentan odios y ambiciones nuevas que desembocan en guerras sanguinarias.

La experiencia de la caducidad humana en el mundo de la economía desempolva lo que en situaciones de normalidad no es tan visible pero está escondido en cada corazón: la existencia de actitudes diferentes, de egoísmo o de solidaridad, de prepotencia o de servicio, de avidez (hay quienes buscan enriquecerse a costa de los más afectados por las crisis) o de condivisione.

Una crisis económica, ciertamente, puede ser el factor decisivo que lleva a una persona a encerrarse en sí misma, a perder la esperanza, a acaparar todo para sí y a dejar de vivir para los demás. Como también puede ser el “toque de gracia” para que otro corazón, quizá hasta ahora ávido de riquezas y obsesionado por el bienestar, descubra lo caduco que es todo lo terreno y se abra a horizontes de amor y de solidaridad que para él eran casi desconocidos.

Para los cristianos, una crisis puede convertirse en una ocasión para examinar si vivimos según un modelo económico acorde con los principios éticos de la justicia y de la caridad, o si estamos ante sociedades que no respetan la dignidad humana y se interesan sólo del beneficio como si fuese un fin en sí mismo.

La crisis encierra otra posibilidad que puede ser sumamente valiosa: nos recuerda que vivimos en un mundo frágil, contingente, y que nuestro hogar se encuentra no en este mundo, sino en el cielo (cf. *Heb* 13,14). La obsesión por un mundo perfecto choca ante la dureza de hechos radicalizados en medio de las crisis: existen corazones llenos de egoísmo y de codicia, el mismo mundo en el que vivimos es frágil y sujeto a mil factores misteriosos y “dañosos”.

Por eso, cualquier situación de crisis económica puede convertirse en un motivo para abrir los ojos y el corazón a los ideales de justicia, a los esfuerzos concretos para ayudar al que más lo necesita, y puede llevarnos a un compromiso sereno y constructivo para promover sociedades basadas en la dignidad humana y en la apertura a Dios y a los valores del espíritu, al mundo de lo eterno.

En palabras del Papa Benedicto XVI, “en un momento como el actual de crisis económica y social, seamos solidarios con quienes viven en la indigencia para ofrecer a todos la esperanza de un mañana mejor y digno del hombre” (en un congreso de la diócesis de Roma, 15 de junio de 2010).

Si afrontamos así las crisis del presente y las que puedan darse en el futuro incierto, no sólo tendremos más paz en los corazones, sino que habremos descubierto una de las claves más profundas de la existencia cristiana: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien” (*Rm* 12,21).